

CAPÍTULO UNO

Durante el accidentado trayecto, no hacía otra cosa que recordar la célebre frase de la abuela Eliodora:

«El tiempo apremia». Solía escucharla desde niña, pero sin lograr asimilar su justa medida. ¿Tiempo? entendía ese concepto desde lo concreto y limitado. Según la abuela Eliodora, el tiempo pasaba y cobraba, pero en su vida le había parecido hasta entonces inocuo y sigiloso. Y, vaya que sí logró captarlo en toda su extensión cuando, en medio de tanta impotencia, necesitaba llegar a la terminal de buses lo más pronto posible y el universo parecía haberse confabulado para que no llegara a tiempo.

—¡Vayamos más rápido...! ¡Hágame la caridad, don Román, que pierdo el bus!

—¡Eso hago, mijitica!, pero este corcel no da pa más —respondió el macilento anciano.

Al aproximarse a su primer destino, ella no pudo evitar emocionarse en medio de su nerviosismo, mientras enroscaba el extremo de su trenza con sus finos dedos.

—Ay, ¡qué bueno! Estamos cerquita del mercao. Como que sí llego...

—Es que no por mucho madrugá, amanece más temprano, mi niña. Vustedes, los jóvenes, no terminan

de entender que todo pasa como tiene que pasar. No juerce las cosas, que lo que es pa vusté, pa vusté será.

—Eso es verdá, mi muchachita. Hágale caso a don Román, que más sabe el diablo por viejo que por diablo —interrumpió Candelaria, quien venía ausente y meditativa durante todo el trayecto. Despedir a su hija mayor y consentida no le sería fácil.

El viejo mercado municipal le significaba a la joven Celina un lugar familiar. No solo lo asociaba con la venta de las hortalizas de temporada de los cultivos de su tierra, sino que la vinculaba en automático con ese olor salino del pescado en conserva que le hacía soñar con el sublime aroma del mar que tanto añoraba conocer. Ella llevaba consigo ese sabor impreso en las papilas, sabiendo que estaba lejos de volverlo a degustar. Eso también hacía parte de esa despedida.

Se acercaba la hora de decir adiós, por lo que se hacía preciso inhalar profundamente para después exhalar con rigor, queriendo con ello no soltar ni una lágrima. Todas las fibras de su cuerpo se estremecían y su corazón trepidaba acompasando su temblor. Sin embargo, debía parecer fuerte.

Sobraron las palabras en ese momento plagado de profundas y vidriosas miradas, abrazos y promesas por cumplir. Y así, dejó esa tierra que la vio nacer para surcar hacia nuevos horizontes. Solo dos maltrechas maletas y un ambicioso sueño eran sus haberes en el crucial quiebre de su vida.

Apenas sintió el arranque del motor de ese destartado bus, la mujer prefirió caer rendida como para evitar pensar. Fue por eso que no advirtió el paso del tiempo, hasta que unos tímidos rayos de sol —que se colaban a través de las deshilachadas cortinas que cubrían las ventanillas— anunciaron la llegada del tan ansiado día.

Abrió con lentitud sus húmedos y pegajosos ojos. Sintió que, aún dormida, había llorado. Entonces inhaló profundamente como para arrancar todas las fuerzas desde sus entrañas;

luego estiró sus brazos e hizo crepitar el cuello tensionado. Cuando se percibió un poco más despierta, se pasó las sudorosas manos por la cabeza y aplacó su cabello. Con torpeza trató de despejar cualquier mugre de sus ojos para admirar el paisaje a través de la ventana.

Pegó la punta de la nariz al vidrio y notó cómo su cercana y profunda respiración lo humedecía por efectos de condensación. No creía lo que se presentaba ante sus ojos: grandes autopistas, vehículos acelerados, mucha gente, inmensas edificaciones. «¡Ay, santo Dios bendito! Esto es pura construcción.

Me imaginaba a la ciudad grande, pero no tanto. Me voy a perder aquí. La gente parece hormigas ante tanta inmensidad». La piel de gallina y el zumbido de la panza eran evidencia de que los nervios se estaban apoderando de ella. El hipo hizo acto de presencia, como siempre, anunciando la sensación de pavor.

«¿Habré hecho lo correcto? Pues, Diosito, me pongo en sus manos, ayúdeme que tengo miedo...

Aunque mi corazón me dice que esto es lo que debo hacer».

El contraste entre la vida del campo, que era lo único que conocía, con la que se prometía en esa gran capital, podría demandarle mucha fortaleza, aun así, estaba dispuesta a todo con tal de graduarse en enfermería.

«Bueno, Celina, usted llegó aquí para hacerse grande. Deje la mojigatería y ande, que para algo se ha preparao. Tanto esfuerzo no puede ser en vano, ¡vamos pues! Esto mismito me pasó cuando me fui al pueblo a estudiar, ¿y qué? Me gradué sobresaliente, así que pa lante, que estoy ungida por el cielo, como dice la abuela», se animó a sí misma.

Y es que cada vez que se sentía decaída o asustada, la voz de su abuela le recordaba el significado de su nombre: «Eres una pequeña caída del cielo», y con ello se sentía bendecida y con fortaleza.

Envuelta en esa mezcla de pensamientos contrariados, acompañados de su aturdidor hipo, tomó valor para bajar del bus, sabiendo que, al tocar el piso de esa tierra, todo cambiaría.

Debía asumir ese terrorífico reto porque más la intimidaba el hecho de sentirse sentenciada a llevar una vida alejada de la modernidad y sin grandes metas. En el campo, solo le esperaba ser madre de familia y campesina de oficio, como casi todas las mártires mujeres de su clan. Era un patrón que desobedecería al pretender convertirse en una profesional.

Así lo dispuso y así emprendió su cruzada hacia una nueva vida, jurando volver como una mujer exitosa y prometiéndose la posibilidad de brindar nuevas oportunidades a los miembros emergentes de su familia.

Cuando sus pies, calzados en diminutas zapatillas de charol, pisaron esa tierra, una escalofriante sensación le recorrió las piernas. Tenía la sensación de que ciertas miradas puntiagudas se posaban sobre ella y la observaban de arriba a abajo. «Segurito que me ven como un bicho raro».

El paso acelerado de la multitud la obligó a incorporarse en medio de empujones que la batuqueaban como a un traste. «Chica, muévete, pues», dijo alguien.

El bullicio del lugar se asemejaba al del mercado del pueblo, pero era aún más aturdidor: vendedores ambulantes; indigentes ennegrecidos apostados en cada esquina; buses de todo tipo; olor a gasolina requemada. Todo era un caos. En ese momento tomó conciencia de que por primera vez estaba sola y que devolverse no era opción. La sensación de calor se manifestó en sus mejillas con unas tímidas lágrimas que secó al instante para despejar la vista y observar el panorama. Trataba de asimilar lo irreconocible.

Tanteó sus bolsillos, y como acto reflejo, sacó la estampita de José Gregorio Hernández que le dio su abuela como talismán de protección, junto a un papel arrugado: «Teléfono de madrina Eulalia», leyó en voz alta. De su otro bolsillo sacó un telefonito arcaico y desgastado y le pidió

a Dios tener éxito en esa llamada que podría asegurarle superar la primera etapa de cambio acompañada y bajo un techo seguro.

Después de marcar, agradeció escuchar al otro lado de la línea la frágil voz femenina que tanto anhelaba oír.

—¡Aló!

Fue así como arrancó su aventura, llevada de la mano de la vieja Eulalia, ese personaje admirado, querido y extrañado por los miembros de su clan.

—Señor, ¿será usted tan amable de llevarme a esta dirección? —pidió al taxista, mientras seguía las estrictas instrucciones que le daba madrina Eulalia por teléfono.

—Sí, claro. Móntate, niña —dijo el hombre regordete con cara de bonachón, mientras se disponía a bajar del vehículo para ayudarle con las maletas.

El recorrido fue rápido. En un parpadeo ya estaba viviendo el encuentro con la tan nombrada madrina, quien con paso lento y arrastrando sus pies, abrió la desgastada puerta y extendió sus brazos para darle cobijo. Ese abrazo amoroso la hizo sentir en casa. La madrina desprendía el mismo aroma a jazmín de la abuela Dora. Era como si la estuvieran arrullando los mismos brazos.

«Candelaria, hijita... ya Celinita está conmigo. No se preocupe, que usted sabe que aquí va a estar bien. Cuídese mucho, mamita», fue el mensaje dejado por madrina en la contestadora de su amada Candelaria.

Celina intentaba fallidamente encontrar en la diminuta anciana, esos rasgos que advertía en la roída foto que formaba parte del álbum familiar. Por su parte, madrina Eulalia, con mirada de orgullo y amor, intentaba ver en ese nuevo rostro las trazas de un tiempo muy significativo para ella. Entonces, de manera inevitable, viajó al pasado.

Eran tiempos remotos en los que las mujeres del campo parían a sus criaturas con ayuda de comadronas, quienes con una destreza empírica lograban maravillas. Así vino al mundo Candelaria, la madre de Celina; en medio de un parto traumático cuyo aparente resultado fue un bebé muerto. En una de esas oscuras noches, Eliodora pujó desesperada por horas, mientras se retorció a causa de las fuertes contracciones. Cerca del amanecer, la niña logró asomar su cabeza, pero el cordón umbilical rodeaba su cuello, cual serpiente boa. Eulalia, con gran habilidad, introdujo su mano en las entrañas de la adolorida mujer y extrajo a la niña ya cianótica y sin señales de vida.

Un silencio sepulcral y rostros de desesperanza invadieron la habitación, mientras Eulalia, temblorosa, dejaba a un lado de la cama el cuerpo inmóvil de la pequeña para atender a la recién parida, quien ya había notado en el rostro de la partera el rictus de frustración y desconsuelo.

Exhausta, agobiada y destruida por la fallida faena, la joven comenzó desesperadamente a gritar acompañada de un llanto amargo. Los candelabros del lugar querían apagarse, el viento abrumador golpeaba las ventanas, mientras Eliodora se desmayaba del dolor por su prematura pérdida. De inmediato, se escuchó el sonido como el de un pequeño gato entre las sábanas. Era la niña que parecía haber reaccionado ante la aflicción de su madre. El milagro de la vida. Para Eulalia, la niña fue su humilde victoria. Se convirtió en su madrina, no merecía menos.

De vuelta a la realidad, madrina Eulalia esculcaba con vehemencia en Celina esos rasgos que la aproximaban a su amada Candelaria.

—¿Por qué me mira así, madrina?

—Porque se me parece mucho a mi Candelaria, muchachita... Esos ojitos redonditos, esa mirada dulce e infantil. En lo bonita, pues.

Por primera vez, Celina escuchó la historia del nacimiento de su madre de boca de la madrina.

—Usted fue instrumento de Dios para que mamá y yo estuviéramos aquí, madrina. Gracias.

—Y me siento honrá, mamita. Por eso, todo lo que es de Candelita es también asunto mío. ¿Me entiende?

—Sí, madrina. Yo sé lo importante que es ella para usted y usted pa ella.

—Y me dice su mamá que usted es una muy buena muchachita. Que es estudiá y laboriosa. Seguro que va a progresá. Dele esa honra a su madre que se la merece.

—Júrelo que así será, madrina.

Desde entonces, madrina Eulalia apoyó y orientó a Celina, en su desafiante proceso en la capital. A pesar de sus escasos recursos y del corto tiempo de convivencia que tendrían. Lo hizo siempre con amor y dedicación.

Madrina Eulalia, esa mujer sabia y amorosa, se convirtió muy pronto en el pilar emocional que tanto necesitaba Celina para seguir evolucionando, haciendo de sus momentos compartidos espacios inolvidables y de gran aprendizaje. Ella era su inspiración para una vida agradable y digna, a pesar de estar alejada de los suyos.

«Madrina Eulalia está llena de matices, con una chispa y una sabiduría como pocas. Ella y mi abuela Dora son igualiticas. Y es que ella se ha convertido en mi abuela de la ciudad. Gracias, Dios, por tanto», se decía a sí misma cuando la miraba.